

SAN JUAN DE ÁVILA EN EL ENTORNO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

ANTONIO NAVAS GUTIÉRREZ, SI
Facultad de Teología de Granada

San Juan de Ávila, el Maestro Juan de Ávila, no ha sido un santo corriente en el contexto de la Iglesia española del siglo XVI. Esta cualidad de originalidad, en aquella época, se encerraba con frecuencia en el significado de la palabra «novedades» que, en momentos de tanta turbulencia religiosa en toda Europa, fácilmente podía confundirse con «pensamientos heréticos». Es lo que la Inquisición creyó encontrar en él, cuando lo consideró como un posible alumbrado, luterano o erasmista. Sin embargo, su amor a Cristo y a la Iglesia se impuso por encima de estas sospechas, de modo que salió absuelto de todos los cargos, aunque con imposición de correcciones a su modo de predicar que indican, entre otras cosas, la cortedad de miras teológicas por parte de los censores.

Juan de Ávila fue de los que comprendieron que la Iglesia necesitaba una profunda reforma, dejando en evidencia los defectos que la aquejaban, pero manteniendo al mismo tiempo el aprecio hacia ella. Sus esfuerzos se dirigieron a atender dos campos prioritarios para él en el camino de la reforma: la formación del clero y la educación de la juventud. Estos dos objetivos no lo distraían de su tarea de evangelizador, que realizaba a nivel personal con tanta eficacia que acabaron aconsejándose con él, como maestro de espíritus, santos del relieve de Juan de Dios, Teresa de Ávila, Juan de Ribera o Francisco de Borja. Para todos ellos fue un punto de referencia seguro para poder entregarse a Dios con la seguridad de que no erraban el camino. No tenía nada de particular que esta capacidad para orientar los espíritus colaborara

en que lo conocieran como el Maestro Ávila, no solo por su título universitario, sino por su extraordinaria competencia como guía espiritual.

Una de las amistades más sólidas fue la que mantuvo con Ignacio de Loyola porque, a medida que se fueron conociendo, los dos se dieron cuenta de que la trayectoria de ambos era de una coincidencia sorprendente. Es notable a este respecto lo que expresó san Ignacio en un momento dado, diciendo que «en tanta uniformidad de voluntades y modo de proceder del Maestro Ávila y nosotros, que no me parece que quede sino que, o nosotros nos juntemos con él, o él con nosotros». A esto correspondía el Maestro Ávila con la famosa confianza que le hizo al padre Nadal, expresando su asombro ante la capacidad de san Ignacio de Loyola para resolver con un acierto fuera de lo común lo que para él suponía una dificultad casi insalvable: «Yo he sido como un niño que trabaja muy de veras de subir una piedra por una cuesta voltando [*sic*] y nunca puede, y viene un hombre, y fácilmente sube la piedra: así ha sido el P. Ignacio».

Como consecuencia normal de su admiración por la obra de Ignacio de Loyola, su aprecio por la Compañía era también fuera de lo normal. Por eso no tiene nada de extraño la confianza que le hizo al P. Láñez, primer sucesor de san Ignacio como General de la Compañía, formulada en los siguientes términos: «Que no halla donde poner los ojos y el corazón para descansar de las calamidades que ve en la Iglesia ahora, sino con mirar a la Compañía, y cierto él la reconoce y abraza como Simeón». Esta forma de expresarse, además de indicar a las claras que no sentía celos ningunos por la gran obra evangelizadora que contemplaba en los jesuitas, revela una paz interior procedente de ver que alguien (Ignacio de Loyola en este caso) había acertado con lo que él andaba buscando desde tiempo atrás para remedio de la Iglesia.

Un buen número de discípulos de Juan de Ávila ingresó en la Compañía, con la complacencia del santo. Uno de los más señalados de entre ellos fue Antonio de Córdoba, rector de la Universidad de Salamanca, al que el propio santo animó a hacerse jesuita. De acuerdo con los datos que conocemos, estuvo pensando seriamente

hacerse él mismo jesuita, pero, aparte su humildad natural, que le hacía pensar algunas veces que no estaría a la altura de esta vocación, la verdadera causa de no dar este paso definitivamente fue su falta de salud. Juan de Ávila pensaba que, con una salud tan deteriorada como la suya, o los jesuitas no lo aceptarían, o tendrían que despedirlo por incapacidad material.

En los dos puntos se equivocaba, porque Ignacio de Loyola, que opinaba que los letrados y los sujetos valiosos «medio muertos ayudan», mostró a las claras que lo habrían aceptado con mucho gusto en la Compañía. Nos consta además que hubo varios intentos para que se animara a hacerse jesuita, pero Juan de Ávila siguió atascado en las dificultades que encontraba para dar el paso.

En teoría, Ignacio podría haberse opuesto a su incorporación como jesuita por ser descendiente de judíos por parte de padre o por sus enfermedades, que eran muchas y continuas. Pero era tal el aprecio que profesaba a nuestro santo que, en una de sus cartas, dejó claro que lo admitiría en la Compañía «por enfermo que estuviese, aunque fuera descendiente de cristianos nuevos y aunque hubiera sido fraile». Esta última observación no era de poca importancia, ya que Ignacio dejó dispuesto en la Compañía que, en general, quien hubiera sido fraile, haría mejor en seguir su primera vocación, en lugar de entrar en la Compañía.

Esa identidad de vocación que san Juan de Ávila veía con Ignacio de Loyola y la Compañía, la veía Ignacio con el Maestro Ávila. La mejor expresión de esta convicción suya quedó inmortalizada en una de sus cartas con un párrafo que lo dice todo: «En tanta uniformidad de voluntades y modo de proceder del Maestro Ávila y nosotros, que no me parece que quede sino que, o nosotros nos juntemos con él, o él con nosotros, para que las cosas del divino servicio mejor se perpetúen».

Si la mejor recomendación que tenemos de la vida de san Antonio Abad fue el relato de su vida que nos dejó san Atanasio de Alejandría, quiero terminar con una frase de una de las cartas que envió Ignacio de Loyola a Juan de Ávila, en la que, como en el caso anterior, un santo dice lo que opina de otro santo: «De mi parte, y de los demás de la Compañía que acá estamos, puedo decir que nunca nos

dejará olvidar de Vuestra Reverencia la mucha unión de un mismo espíritu y deseos que Dios Nuestro Señor nos da de su divino servicio y alabanza». Como hemos visto, este profundo aprecio en el Señor era plenamente compartido por san Juan de Ávila.

A handwritten signature in black ink, reading "A. Navas". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish that loops under the name and extends to the right.